

A modo de justificación

He tarareado un bolero para poner punto final a unas novelillas (« Ojos verdes », « En el nombre del padre y de los hijos », « Bye, bye, Brasilia ») en las que conté y volví a contar lo más espantoso que pueda suceder. Por supuesto que no hablo de los cadáveres acumulados en medio siglo de periodismo, cadáveres exquisitos a veces y otras sencillamente tiesos y quietos. Me refiero a una sola muerte.

Esas tres novelas giraban alrededor de ella. Y giraban en el peor de los sentidos. No acababa de cumplir el ciclo. Me quedaba siempre a medio trecho porque el final siempre da miedo. Con « Último vuelo para Manaus » he cumplido.

Alguien dirá que es muy facilón tomar como escenario de una vida una ciudad como París que se cuenta por sí sola. Y que no lo es menos pretenderse enamorado de una joya como La Habana Y terminar con el exotismo puro de Brasilia.

Les juro que hubiese preferido no tener nada que hacer en ese particular triángulo de las Bermudas que ha sido el mío y no el de nadie. Y lo peor es que todo lo que cuento – mala costumbre de viejo periodista – es verdad o casi. Porque la realidad o la verdad son conceptos irreales. Cada uno de nosotros tiene su verdad, que cree es la buena. Cada uno de nosotros tiene su realidad, que en general es lo que nos queda una vez que los años se han encargado de suavizar los recuerdos.

Mi gran suerte es haber sido escritor cuando el destino me llamó a comparecer. Imagino que de haber sido

médico, fontanero o arquitecto no habría sabido cómo enfrentarme a mi puñetera realidad. Ni siquiera hubiese tenido probablemente la idea del último recurso, el de los grandes. Tan grande, tan absoluto, tan definitivo, que todas las religiones lo prohíben.

Intenté huir de mí mismo, lo que ya es correr, tratando de apasionarme por la Revolución cubana. Fallé estrepitosamente en el intento. Hay que ser cubano convencido para estar sacrificándose desde hace medio siglo en aras de una utopía por bella que sea.

Luego pensé que mi ciudad de siempre, en la que crecí humanamente, París, podría amortajarme. Forcé mucho la solución y he terminado odiándola. Luego tuve la oportunidad de vivir un trozo de mi aventura profesional en Brasilia, que es como decir al margen del mundo estúpido y occidental que nos corroe. Me pareció que ese lugar podría calmar mis rencores, mis penas. Me enamoré de un sitio perdido que rezuma espiritualidad y donde Jesucristo está como en su casa. Pero no hubo milagro. Ahora estoy varado en una playa de Andalucía, antiguamente España, en espera de que me toquen el último bolero. Con la esperanza de que algunos tengan a bien corearlo conmigo.

Primera estación

El general don Raimundo Laserna de Escartín era un tipo alto y duro, de esos hombres que no bailan ni con el diablo. Podría decirse incluso que poseía cierta belleza bruta como la del olivo, resaltada por un rostro eternamente bronceado a fuego y unos ojos verdes profundos, todo ello coronado por una frente altiva hasta donde se asomaban farragosos acantilados de pelo negro. Sin uniforme, o con otro uniforme, podrían haberle confundido con un torero gitano de estirpe.

Solía decir que era « tripartito » y explicaba que muy jovencito ingresó en la Academia militar de Zaragoza, de donde salió primero de su promoción, luego en la de Coetquidan, Francia, donde dejó encandilados a sus profesores por su peculiar arte para el mando. Concluyó su educación militar en una escuela de la selva que los británicos poseían entonces en un lugar perdido entre Birmania y Tailandia. Se había convertido en un especializado militar en todo tipo de guerras y guerrillas al mismo tiempo que su paso por más de un Estado Mayor le había contagiado el gusto por la política, para la que tenía dotes excepcionales.

Sonreía poco pero bien. Con sus subalternos nunca. Con sus superiores apenas un rictus elegante y desdeñoso. La exhibición en technicolor y tres dimensiones de sus dientes blancos de estrella de cine la reservaba para las mujeres. Decía que después de una buena guerra, la mujer era lo que más apreciaba en el mundo.

Las cinco estaban dando en el reloj de la catedral de Nuestra Señora de Africa, obra barroca que desde el triunfo del Caudillo Franco se había convertido en el

centro de actividad de los advenedizos y enfermos mentales tiralevitas de aquella isla africana bajo protectorado español.

Desde su llegada a aquel peñón anclado en el Mediterráneo al que la guerra había transformado en portaaviones de todas las ambiciones franquistas hacia la Península, el General se había convertido en un aparente devoto empalagoso a más no poder de la Virgen callada que siempre estaba rodeada de mujeres, jóvenes y hasta muy jóvenes. La mayoría de ellas, por no decir todas, se olvidaban repentinamente de sus rezos múltiples cuando se oían las sagradas cinco campanadas de la tarde. Poco a poco se despegaban de sus bancos y antes de que hubiesen transcurridos diez segundos se encontraban como por casualidad en las escaleras de la iglesia que daban a la plaza redonda y pequeña a cuya otro extremidad se alzaba sin complejos un elegante palacete del siglo XVII – decían que lo construyó un pirata cuando para robar con arte era preciso echarse al mar – que albergaba un casino militar que por su austera elegancia exterior más bien parecía la guarida de los caballeros de la mesa redonda. En el interior ya era otro cantar. En una parte del casino se había recreado, por expresas indicaciones suyas, el bar de Rick en Casablanca. El general era un admirador empedernido y sin causa conocida de Humphrey Bogart, aunque pretendía que la rendición de su personaje al final de la película constituía una incalificable tontería merecedora de un consejo de guerra y que sólo podía haberseles ocurrido a guionistas americanos corroidos por los remordimientos de siglos de maldad a través del mundo. Otra parte del casino estaba reservada para la plebe de la aristocracia militar de la isla. La planta noble del edificio, probablemente construido, en realidad, por conquistadores portugueses, albergaba un gigantesco apartamento que era su dominio natural y donde muy poca gente podía entrar.

Cada día que nacía en el Mediterráneo, a las cinco y cinco en punto de la tarde aparecía como por encanto al

lado de un kilométrico Cadillac negro que relucía aunque estuviesen cayendo chuzos de punta. Antes de que el oficial de su guardia personal pudiese abrir la puertezuela, el General se acercaba a la entrada de la catedral para saludar a algunas de las devotas damas ataviadas como si fuese Semana Santa todos los días. Eran jacas bien montadas decepcionadas por la vida militar de maridos de valentía conformista en el campo de batalla pero de mediocre referencia colchonera. El uniforme verdoso que entonces podían contemplar olía todavía al sastre que acababa de tallarlo. El General nunca se ponía un uniforme dos veces. Pretendía que hubiese sido de tan mal gusto como acostarse dos veces con la misma mujer. Su fortuna personal le permitía muchos lujos y su vanidad lo podía todo. Al menos así lo creía él.

Se sabía el hombre más poderoso en muchos kilómetros a la redonda. El Caudillo, con quien había compartido clases en Zaragoza, le había mandado mucho después de su victoria a aquella isla de Africa del Norte con la misión de vigilar todo Marruecos y la consigna estricta de que ni una mosca pudiese volar sin un salvoconducto debidamente visado. Y hacía ya algunos años que nadie se movía.

Harto de las intrigas cuarteriles para las que no estaba hecho y a las que terminó temiendo, aceptó con mucho gusto aquella misión. Se sabía el virrey de un pedazo de África donde sólo los « amigos » franceses podían hacerle sombra.

Abandonar Madrid le había permitido dejarse atrás todo un pasado con el que ya no podía. En medio de vermutis con sifón que a él le gustaban tan poco como el té con limón pero que le permitía jugar la carta del populismo burgués había ido lanzando anzuelos sobre su vida pasada para conseguir pescar la leyenda. Era vox populi que en la guerra del Rif no hubo un combatiente más fiero que él. Entonces todo el mundo le conocía como el Capitán Veneno. Contaban que sus legionarios le te-

mían casi más que los soldados de Abd el-Krim. Sobre esos oscuros años de su vida circulaban mil leyendas, desde la que le presentaba como un caballero a la que le describía como un ser sin corazón.

Pero era imposible saber dónde estaba la verdad. Había encargado a tres de sus oficiales de la mayor confianza – dos de ellos antiguos periodistas que luego se habían refugiado en La Legión, de donde él les había recuperado y el tercero antiguo asesino a sueldo de una camorra siciliana – la trama de toda aquella leyenda que le gustaba arrastrar. Y así fue como filtraron que había estado casado con una dama de la alta sociedad vasca que al cabo de unos años de matrimonio tuvo que ser internada en un manicomio.

Este accidente conyugal a punto estuvo de hacer trizas la más que prometedor carrera del ambicioso militar. Porque la locura de su esposa fue aprovechada por los enemigos que tenía alrededor del Caudillo para presentarlo como un monstruo.

Por no desmentir su lealtad hacia los pocos amigos que le habían seguido desde que era alférez, el General a punto estuvo de tener que colgar el uniforme. Su hombre de confianza era un personaje de una timidez enfermiza que no salía nunca a la calle sin su guerrera atestada de condecoraciones conquistadas en las trincheras de la Guerra Civil. Unas gafas tan negras como su alma, decían quienes menos le querían, tapaban como una loza mortuoria unos ojillos crueles que más de un combatiente marroquí de la sangrienta guerra del Rif guardaba en su memoria como una pesadilla de cadena perpetua. Don Gonzalito Jeremías de los Arrobas adoraba al General por lo que había hecho por él. Cuando en las montañas del Rif un bereber le sacó un ojo de una puñalada mientras el otro se lo dejaba con apenas un poco de visión, el General hizo que le repatriasen a España en el mayor de los secretos. Oftalmólogos de Oviedo consiguieron salvar el ojo que todavía le quedaba pero siempre en el mayor de los

silencios administrativos. Nadie en el Ejército sabía que Don Gonzalito era casi ciego, circunstancia que debería haberle conducido directamente al retiro. Pero el General le mantuvo en funciones y más tarde le convertiría en el vicegobernador de facto de aquella isla. ¿Cómo olvidar que antes de salvarle la vista y su carrera, le había evitado los rigores y la humillación de una corte marcial ?

Al terminar la Guerra Civil, allá por el año 1939, el General era designado por Franco para ocuparse de Marruecos teniendo como cuartel general una isla estratégicamente situada de la que pocos volvían sin autorización sellada. Su fiel escudero, Don Gonzalito, debía seguirle en cuanto se casase. Se había encaprichado a la sazón de Rosarito, una chiquilla de 18 años, hija única de un matrimonio tan lleno de dinero como de franquismo, enamorada hasta la braga de aquel hombre pese a que sus padres desconfiaban de aquellas gafas que como dos mármoles negros le cerraban los ojos e impedían verle pensar, decían ellos. La familia de Rosarito tenía tantos títulos de nobleza, la mayoría concedidos por Alfonso XII, como caudales ganados con el estraperlo al por mayor durante la guerra. Fue un noviazgo rápido pero ejemplar. Ella, pese a que su alma más íntima se humedeciera cada vez que miraba los cristales negros que aquellos ojos eternamente ocultos de su novio, nunca le dejó tocar a su himen.

La noche de bodas se encaramaron a la suite que el gobernador militar de la región les había cedido en un hotel casi secreto, donde sólo tenían entrada ciertos iniciados. Más tarde, por lo que se supo de sus declaraciones ante los jueces que debían preparar la anulación matrimonial ante el tribunal de la Rota, la muchacha confesaría que nada más pisar la enorme habitación matrimonial, los orgasmos se sucedieron entre sus muslos a medida que iba quitándose la ropa en el cuarto de baño, antigua terma romana. Cuando salió, temblando de que él le arrancara la virginidad a

dentelladas, le encontró totalmente desnudo – lo único que conservaba de su habitual indumentaria eran las gafas negras – y espatarrado en el suelo. Contó la pobre que cuando vio aquel falo que se reflejaba en los cristales de las gafas cerro los ojos para empalarse en él, olvidando todo cuanto sobre conducta sexual le habían enseñado las monjas. Abrió las piernas y entonces oyó la voz del amado que desde el suelo le suplicaba : « ¡ Méame, Rosy ! ».

En este punto de relato, las versiones difieren. Uno de los oficiales del entorno más secreto del gobernador, que observaba aquella extraña noche de bodas desde una ventanilla minúscula practicada en el ojo derecho de un Richelieu de pie que desde un cuadro monumental presidía la suite, contó que la novia quedó durante unos segundos paralizada por el grito de su novio pero que no tardó en reaccionar. Se colocó encima de él y cumplió su deseo. Los chorreones hicieron saltar las gafas del novio. Y en el momento en que ella se dejaba caer sobre el falo que le había hecho soñar hasta empalarse totalmente, las gafas de su recién estrenado esposo saltaron y ella empezó a gritar. Primero fue el placer de aquel descomunal cipote que se le clavó hasta la garganta, como contaría más tarde a Pepita, viciosa virgen arrepentida y amiga de infancia y de convento. Luego, a los orgasmos múltiples que le provocó tan salvaje penetración siguió un chillido histérico. Rosy acababa de descubrir el hueco que en la órbita derecha de su esposo provocara la gumía del bereber.

La otra versión, la de la propia interesada, detenía la acción sexual en el momento en que él le pedía que le meara encima. Entonces ella echó a correr y se encerró con llave en otra habitación, donde esperó la llegada de sus padres.

Fue el escándalo conyugal más silencioso de los ocurridos en la corte de Franco. Llamado de urgencia a Madrid para resolver tamaño desbarajuste, el General optó por hacer desaparecer en su isla a su fiel escudero.

Un pedacito de leyenda muy aprovechable sobre todo por el público que más le interesaba, el de las damas.

Los maridos cornudos y los muchos pretendientes a la cornamenta de aquella colonia africana de Franco sonreían con desprecio cuando oían esas cosas, debidamente propaladas a través de sus esposas aunque reconocían que el tío tenía la mejor coraza para romper todos los corazones. Pero sabían que no podían hacer nada contra él y por ello le odiaban a muerte. Los papás de las muchas mozas casamenteras con más ansias de sementales que de velo blanco temblaban igualmente. Algunos de ellos llegaron a establecer estadísticas que demostraban de modo palpable – al menos así lo aseveraban en los bares donde podían hablar lejos de los oídos del General – que el número de bodas estaba disminuyendo desde su llegada y algunas pretendían que aumentaban los abortos y algún que otro nacimiento clandestino. Los papás no le odiaban. Sentían por él la misma repulsión que por los depredadores que en los cercanos desiertos sembraban el pánico en los rebaños de ovejas. Las mamás, más al tanto de las cosas, más realistas y más enteradas, llamaban al depredador el Rompebragas. Contaban y no acababan, pero con cierto orgullo, cómo sus niñas, algunas de sus niñas, las más bonitas, pasaban el día comprando ese accesorio tan femenino. Y cómo, de un tiempo a esta parte, a todas ellas les daba por comprar las más elegantes y, por supuesto, las más caras. La razón era, decían en los corrillos a la salida de la misa de doce, que un armario de su gigantesco despacho del Estado Mayor el General lo tenía dedicado exclusivamente a sus trofeos. Bragas de Londres, París y hasta de Madrid, capturadas en el combate siempre fácil de la cama, se jactaba él, llenaban aquel armario que rezumaba un olor muy especial. Los sueldos de los papás temblaban ante este capricho del General que no permitía que sus amantes, pasadas o futuras, ofreciesen al tacto de las llemas de sus dedos algo que no fuese seda de la más exquisita y encaje de bolillo.

Algunas de aquellas mujeres, orgullosas pese a que el depredador las tomase y las dejase según el capricho del momento, aseguraban que la primera vez que intimaban, el General adivinaba si el encaje de Bolillo era de Brujas o de Belém do Para. Contaban y no paraban porque todas le amaban. Entre ellas se confiaban cómo le gustaba romper el fino tejido y llevárselo metido en un bolsillo de la guerrera mientras ellas tenían que regresar a sus casas desbragadas.

Pero las madres de la colonia eran las mejores alcahuetas del General, quien no perdía ocasión de tratarlas a cuerpo de reina. El jueves a las cinco les ofrecía un suntuoso té del que se contaba que él mismo se había encargado de preparar mezclando las especies más ricas y raras. Lo que nadie sabía es que lo que aquellas damas sorbían no era más que un té corriente que el General, a ratos algo avaro, compraba por kilos en Larache. Pero sabía adornar tanto aquellas ceremonias llenas de plata y manteles de lino que parecían no haber servido nunca, que las damas hubiesen dado cualquier cosa por estar presentes cada jueves. Sólo faltaban a esas meriendas en las que el salmón ahumado se cruzada con un caviar caspiano de lo más exquisito y con trescientas veinticuatro tipos de quesos, algunos menos de los que poseía Francia según el general Charles de Gaulle, aquellas señoras cuyas hijas habían caído momentáneamente en desgracia. Pero como el anfitrión era muy generoso, no tardaban más de dos semanas en reaparecer para ensayar su elegancia y su olor a sexo generoso con aquellas exquisitas tazas que parecían salidas de un cuento de la Cenicienta. Y cuando llegaba la hora de despedirse, cuando el té había sido reemplazado por champaña y licores de los más enloquecedores, ya bien entrada la noche, los oficiales de la guardia personal del amo de casa despedían a las señoras entregando a cada una de ellas un regalito que jamás se repetía. Las mamás-amantes se marchaban encantadas. Durante tres o cuatro horas habían vivido una